

¡No salte en el ascensor!

Por Emily Slager



“¡Ayúdenos!”, yo grité, “¡Estamos atrapados!”. Estuve atrapada en un ascensor diminuto con mi hermano menor y un libro. Él tenía solamente 6 años, yo tenía solamente 9. Nosotros no teníamos agua, ni comida, ni ropa. Esta es la historia del día que nosotros saltamos en el ascensor y la lección que nosotros aprendimos.

El día empezó como cualquier otro. Yo me levanté, hice mi trabajo de escuela, y jugué con mi hermano, Sam. Después mi padre nos pidió ir al aparcamiento de coches para obtener su libro de su carro. Mi familia que consistía en mi madre, mi padre, y Sam vivían en un apartamento en el primer piso en Sydney, Australia. Durante este tiempo del año, hacía calor. El aparcamiento de coches se encuentra debajo de nosotros por solamente un piso y mi hermano y yo íbamos allí en muchas ocasiones. Sam y yo estábamos rubios y bronceados. Él estaba muy flaco y yo bastante gorda. Sam era un niño muy tranquilo sin preocupaciones. Yo era más loca y me preocupaba mucho. Nos pusimos de acuerdo y tomamos el ascensor la corta distancia hasta el coche. Después

que tuvimos el libro, regresamos al ascensor. Sam tropezó en el camino hacia el ascensor, y lo rebotó. “¡Mire el ascensor rebota!”, él anunció. Empezamos a saltar cuando el ascensor se elevó. En solamente unos pocos segundos, el ascensor paró y estuvimos atrapados. A medida que nosotros nos sentamos allí, el ascensor se puso más y más caliente y empezamos a sentirnos muy incómodos. Yo lloré pero Sam se sentó allí con calma. Yo grité, “¡Nunca vamos a ver nuestros padres, vamos a morir aquí!” Sam siguió sentado allí jugando con su sandalia. “¡Es la culpa tuya!” yo acusé. “¡Es la tuya!”, Sam dijo. “Esta lucha no va a ayudar”, yo exclamé, “Tengo un plan”. Yo miré un grupo de botones en la pared del ascensor. Cada botón tenía un número o una foto. Uno tenía un cascabel, y otro un teléfono. “¿Qué botón necesito empujar?” yo pregunté con pánico. “Yo no sé, empuja el teléfono,” Sam dijo con calma todavía. Yo empujé el botón con un teléfono y oímos una voz con un acento muy difícil de comprender. La voz dijo algo que yo no comprendí y yo grité, “¡Estamos atrapados!” “No hace falta gritar”, la voz exigió, y él colgó el teléfono. Por lo tanto, empezamos a gritar para conseguir ayuda. Gritamos y gritamos por lo que parecían horas. Finalmente, escuchamos otra voz, muy silenciosa, y empezamos a gritar más alto. “¿Qué pasó?”, la voz llamó. “¡Estamos atrapados!”, nosotros gritamos al mismo tiempo. “¡Se quedan, voy a encontrar ayuda!” Luego oímos la voz de nuestra madre, “¿Emily, Sam, estáis bien?” “Mom,” yo grité, “¡Tengo miedo, estamos atrapados y hace mucho calor aquí, no hay mucho aire!” “Ayuda va a llegar,” ella llamó, “¿Sam cómo estás?” “Bien” él dijó muy tranquilo todavía por supuesto. Después de una hora, oímos una multitud de voces y el ascensor empezó a bajar. Cuando paró, estuvimos en el aparcamiento de coches y estuvó un grupo de bomberos esperando. “Gracias”, yo les dijé. Ellos parezcan muy irritados. Me preguntaba en mi mente si un era el hombre del teléfono. Pero no me importó en el momento porque estuvimos libres.

Corrimos por las escaleras y encontramos a la mujer que nos ayudó. Ella tenía cabello moreno y una sonrisa muy amable. Ella estuvo hablando con mi madre quien

se sintió aliviada porque estuvimos seguros. Dimos las gracias a la mujer y abrazamos a mi madre. “Yo estaba andando en el pasillo y oí dos voces en la distancia” ella dijo a mi madre, “es muy buena suerte que estuve allí”. Luego, cuando mis padres aprendieron que Sam y yo saltamos en el ascensor, ellos no estuvieron muy agradables. “¡Qué irresponsable!” gruñó mi padre. “Sí,” mi madre exclamó, “tendrás que pagar por los daños al ascensor.” Sam y yo nos dijimos, “Pero aprendimos un mensaje muy valioso hoy” “¿Cuál es?” preguntaron sus padres. Y respondimos: “¡No salten en el ascensor!”